

RESISTÊNCIA E/Y MEMÓRIA

PERSPECTIVAS IBERO-AMERICANAS

Coordenação de

Paula Godinho, Inês Fonseca e João Baía



FICHA TÉCNICA

Organização: IHC - Instituto de História Contemporânea da Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Nova de Lisboa

Coordenação:

Paula Godinho, Inês Fonseca e João Baía

Formatação e Design:

Ana Prata

Capa (imagens):

António Alves e Vera Correia, Pintura de um mural realizado no âmbito do Projeto «40 anos, 40 murais», em Alcântara (16 de Março de 2014).

ISBN: 978-972-96844-3-2

Para citar este e-book:

GODINHO Paula, FONSECA, Inês e BAÍA, João, (Coords.), (2014), *Resistência e/y Memória - Perspectivas Ibero-Americanas* [Documento electrónico], Lisboa: IHC-FCSH/UNL.

© 2015. Instituto de História Contemporânea.

Este trabalho é financiado por fundos nacionais através da FCT - Fundação para a Ciência e a Tecnologia, no âmbito do projecto UID/HIS/04209/2013.



RESISTÊNCIA E/Y MEMÓRIA

PERSPECTIVAS IBERO-AMERICANAS

COORDENAÇÃO DE:

Paula Godinho

Inês Fonseca

João Baía

ÍNDICE

APRESENTAÇÃO	1
1. MEMÓRIA E RESISTÊNCIA: TEORIA E MÉTODOS	4
<i>Tempo, memória e resistência</i>	
Paula Godinho	5
<i>Argentina 1976-1983: la oposición obrera a la dictadura en la memoria de cinco trabajadores</i>	
Pablo A. Pozzi	16
<i>Ética, memória e silenciamentos: a militância política em contexto de tortura à luz das fontes orais</i>	
Miguel Cardina	28
<i>Memória da resistência ao Estado Novo num tempo sem tempo para a memória</i>	
Rui Bebiano	41
<i>O revisionismo histórico em Portugal: origens e efeitos na memória da Revolução e do Estado Novo</i>	
Luciana Soutelo	48
2. DITADURAS, REVOLUÇÕES E TRANSIÇÕES.....	58
<i>Los testimonios recuperados de los jueces contra el franquismo</i>	
Pilar Díaz Sánchez	59
<i>Memorias individuales de acciones colectivas – La Coordinadora Obrero Estudiantil durante el Tucumanazo (1969-1972)</i>	
Rubén Isidoro Kotler	70
<i>Memória – potencialidades e interditos entre os dirigentes da luta armada</i>	
Ana Sofia Ferreira	84
<i>Memorias del sindicalismo socialista durante la transición española</i>	
Pilar Domínguez Prats	93
<i>O 25 de abril, a Marinha e uma rede clandestina</i>	
Luísa Tiago Oliveira	105
3. TRANSMISSÃO, SOCIEDADE E FAMÍLIA.....	122
<i>Memória e resistência da cultura seringueira (1976-2011)</i>	
Marcos Montysuma.....	123
<i>Inspiração doméstica. As formas familiares de transmissão da militância política entre o operariado português durante o Estado Novo</i>	
Bruno Monteiro	131
<i>Biografía de Miguel Burgas, el primer diputado comunista argentino</i>	
Mariana Mastrángelo	142
<i>“Sobre isso, você devia era entrevistar a minha irmã” - A família Flor e os ditos e não ditos sobre a críse da Lisnave na década de 1980</i>	
Inês Fonseca	151
<i>Notas hacia una conceptualización del exilio obrero chileno: marcas y claves identitarias</i>	
Mónica Gatica.....	162

<i>Lutas pelo passado e usos do passado em contexto de inovação industrial: o bicentenário da fábrica Stephens na Marinha Grande</i>	
Emília Margarida Marques.....	178
4. O GÉNERO DAS MEMÓRIAS.....	190
<i>Voces de mujeres del movimiento social en Argentina. Perspectivas y experiencias</i>	
Cristina Viano.....	191
<i>Memórias femininas da ditadura chilena: resistência e contra-hegemonia</i>	
Sónia Ferreira.....	202
<i>O mergulho na clandestinidade</i>	
Vanessa de Almeida.....	214
<i>Literatura sem cordel: 3 páginas e AVoz das Camaradas das Casas do Partido. Espaços de formação na clandestinidade comunista</i>	
Cristina Nogueira.....	225
5. LIMIARES E LUGARES DE MEMÓRIA.....	239
<i>Fronteiras de lutas e memórias: as narrativas do passado nos conflitos do presente na fronteira Paraguai-Brasil</i>	
José Lindomar C. Albuquerque.....	240
<i>Memórias e resistências na guerra civil de Espanha: processos de emblematização na raia luso-espanhola</i>	
Dulce Simões.....	252
<i>Contrabando na raia da Idanha: entre as máscaras da ilegalidade e os discursos nacionalistas</i>	
Eduarda Rovisco.....	263
<i>Lisboa, cidade de resistência.</i>	
Maria Alice Samara.....	272
6. USOS POLÍTICOS DA MEMÓRIA.....	278
<i>Capturar o passado. Etnografar a revolução portuguesa de 1974</i>	
Sónia Vespeira de Almeida.....	279
<i>Historiografia e Resistência: historiadores críticos do golpe de 1964 e da ditadura</i>	
Lucileide Costa Cardodo.....	292
<i>Los lugares de memoria en España: una perspectiva espacial de estudio</i>	
Sergio Claudio González García.....	304
<i>El descanso de los muertos. Territorios del morir y del permanecer</i>	
María García Alonso.....	315
<i>Revisão e revisionismo na historiografia brasileira contemporânea</i>	
Carlos Zacarias de Sena Júnior.....	325

EL DESCANSO DE LOS MUERTOS. TERRITORIOS DEL MORIR Y DEL PERMANECER.

María García Alonso.

UNED, España

Dentro de las transformaciones legislativas y sociales que se han producido como parte del proceso de pacificación en aquellos países que han pasado por un conflicto armado, se encuentra la reubicación de los cadáveres que han sufrido muerte violenta, ya sea para trasladarlos a los lugares que las familias han destinado para ellos una vez finalizada la lucha, para dignificar algunos como parte de la retórica política de los vencedores o para ocultar a aquellos que resultan incómodos o simplemente perdieron la contienda. El presente texto pretende aportar algunas ideas a este fenómeno que quizás puedan ser útiles para entender la “vida política” de esos cuerpos, que después de fallecidos, continúan moviéndose y siendo una pieza importante de la sociedad a la que pertenecieron en vida.

El estudio del cuerpo es en la actualidad una categoría relevante de análisis en las ciencias sociales y, especialmente, en el campo de la antropología. En 1987, Scheper-Hughes y Lock —inspirándose en la extensa obra de Foucault—, hablaron ya de la coexistencia de tres cuerpos significativos dentro de cada persona: el individual, el social y el político. Aunque su planteamiento se refería sobre todo a los procesos de incorporación o inscripción de la sociedad y política en el propio cuerpo físico, es posible utilizar la misma clasificación para procesos de carácter más comunitario ya que, al menos desde el momento del fallecimiento hasta su disgregación orgánica, el cadáver es siempre manipulado por otros. El cuerpo individual remitiría al biológico, cuya duración no se extendería más allá del momento de la muerte orgánica, momento éste que es decidido colectivamente y que, tras la extensión de las prácticas de donación y trasplante, suele coincidir con la ausencia de actividad cerebral, mientras otras funciones continúan activas.

El cuerpo social permanecería mientras alguien tuviera memoria de él, es decir, mientras existiera un duelo, tal y como manifestó Hertz. Desde un punto de vista legal y en circunstancias normales en países de tradición católica, al formar parte el cuidado de los cadáveres de las directrices municipales de salud pública, este cuerpo continuaría teniendo individualidad y por lo tanto, siendo tratado como persona, mientras fuera enterrado de forma, digamos, señalizada, condición que perdería en el caso de ser trasladado a un osario, tras una serie de años que varían según países, cuando el proceso de descomposición se hubiera completado. Esta condición mínima de personalidad sería mantenida en el tiempo en los casos de entierros a perpetuidad.

Estos dos ámbitos de la vida postmortem —el biológico y el social— han sido bastante más estudiados que su vertiente política, que ha comenzado a tenerse en cuenta sobre todo a partir del libro

de Verdery (1999) *The political Lives of Dead Bodies: Reburial and Postcolonial Change*, en el que analiza la destrucción de estatuas y traslado de cadáveres de los líderes comunistas y sus opositores en los países del Este de Europa tras la caída del Muro de Berlín.

La dimensión política de los cadáveres ha ido sufriendo las mismas transformaciones que han ido modificando en la modernidad a los Estados autoritarios en democracias. Pues, aunque todos los difuntos parecen poseer una muerte biológica y social, la vertiente política de su existencia postmortem había sido en el pasado reservada para reyes, nobles, santos o héroes. Sólo en época reciente, con la irrupción de la víctima como sujeto privilegiado de derecho de la justicia transicional tras la Segunda Guerra Mundial, esa vida política tras la muerte también ha extendido su espectro a personas comunes, desconocidas individualmente dentro de los grandes avatares históricos de los países. De este modo, si en el pasado existían algunas características en la persona viva que prefiguraban su conversión en un “cadáver político”, en la actualidad es la propia evolución de la sociedad de los vivos la que va utilizando los cuerpos muertos como símbolos de distintas ideas políticas, casi con independencia de la propia trayectoria vital del difunto

Si estos cuerpos no han perdido completamente el estatuto de personas después de su fallecimiento, conservando una potencialidad política —que es reconocida por la comunidad de los vivos— me parece posible plantear la hipótesis de que las migraciones de cadáveres postbélicos —fruto de las sucesivas inhumaciones y exhumaciones a que son sometidos— pueden ser consideradas como parte de la misma lógica que rige los movimientos poblacionales que se producen debido a los conflictos: exilios, destierros —palabra especialmente pertinente por servir de metáfora para todos aquellos que han sido “expulsados de su tierra”—, desplazamientos, etc.

Utilizaré el caso español para hablar sobre la vida política de unos cadáveres que perdieron la vida hace más de setenta años, a consecuencia de una guerra civil, que dio paso a una dictadura militar en España de cuatro décadas de duración. Algunos de estos difuntos continúan todavía soterrados y desaparecidos, y sus huesos yacen amontonados en fosas comunes. Su recuerdo pertenece a la historia de la vida privada de generaciones de hombres y mujeres que aprendieron a vivir soslayando una parte de su propia genealogía, que aparecía siempre mutilada y confusa, oculta como parte de los secretos de familia, que eran callados para proteger a los más pequeños. Las políticas de la memoria arrastran siempre una meticulosa gestión de los olvidos.

De hecho, ha sido frecuente en el tiempo y en el espacio promover la recuperación de los cadáveres de padres de la patria y su revitalización dentro de cultos estatales, como parte del retorno de grupos políticos exiliados o la victoria de una facción sobre otra. En este último caso se encontrarían en España los restos del falangista José Antonio Primo de Rivera —que fue enterrado cuatro veces, desenterrado tres, y paseado a hombros de sus compañeros de partido durante 400 kilómetros desde Alicante hasta Madrid—, y una larga lista de ilustres caídos por la patria. Lo que no ha sido tan frecuente es intentar pensar de modo conjunto estos dos fenómenos como parte de un mismo proceso de exclusión-inclusión.

Por ejemplo, las peculiaridades del exilio español hicieron en su momento necesario incorporar una categoría que anteriormente no existía, y de ahí que se hable de dos tipos de fenómenos: el exilio exterior (de aquellos que tras la guerra pudieron salir del país y establecerse en otro); y el exilio interior (de aquellos que se quedaron y formaron parte de la sojuzgada masa crítica al franquismo). Es posible que, actualmente, sea también necesario incorporar a estas dos tipificaciones otra que todavía no tiene nombre: la de aquellos que no pudieron salir ni quedarse y que, impedidos por la propia biología de volver por sí mismos, son traídos ahora al presente de su patria por otros. La palabra *subtiero*, recientemente acuñada por Francisco Ferrándiz (2011a) para referirse a los cuerpos ocultados en fosas comunes sin localización, podría ser el término que designaría esta realidad.

El traslado de cadáveres con fines políticos ha sido una práctica sino frecuente, al menos no extraña en el pasado de España, que participó como toda la cristiandad del mercadeo de reliquias que comenzó con la extensión del cristianismo y la necesidad de edificar los templos sobre huesos santos. En 1573 Felipe II, que acababa de construir el Monasterio de El Escorial en el centro de la Península, para albergar en él al Panteón real, inició el traslado de sus nuevos inquilinos desde todas partes del país. Javier Varela describe en estos términos el trasiego de los nobles féretros venidos de todos los puntos del país.

“Desde diciembre de 1573 y febrero de 1574 se pusieron en marcha otras comitivas fúnebres. [Los que estaban enterrados en Madrid habían precedido al grupo] La una salió de Granada con los cuerpos de la emperatriz Isabel, la princesa María y los infantes Juan y Fernando. Otra partió desde Mérida con doña Leonor, antigua reina de Francia. De Valladolid arrancó una tercera que traía a la reina de Hungría. Las dos primeras se encontrarán en Yuste para recoger a Carlos V y, una vez juntas, seguir camino hacia El Escorial. La última llegó días después al monasterio, luego de haber recuperado en Tordesillas a la reina Juan, único cadáver que continuará viaje hasta Granada.”

Casi cuatro siglos más tarde, en 1939, acabada la guerra civil española, Francisco Franco repitió este intento reorganizador ordenando la construcción de un enorme mausoleo que acogiese a los muertos por la patria: el Valle de los Caídos, ubicado a pocos kilómetros de El Escorial. Este inmenso panteón sería construido con el trabajo forzado de cientos de presos republicanos que redimían pena por el trabajo. La construcción de este mausoleo se demoró veinte años y en este tiempo los difuntos del bando franquista fueron exhumados, reconocidos y glorificados, mientras que los perdedores yacían olvidados en cunetas y campos de labor.

Salvando las distancias temporales e históricas, el problema que afrontaban Felipe II y Franco era de índole similar. Ambos tenían que fortalecer simbólicamente el centralismo de un Estado que tendía a la disgregación, y una de las estrategias empleadas para ello era la acumulación de “cadáveres con poder”. La primera consecuencia de esta práctica era impedir que ese poder acabara siendo también un patrimonio de regiones periféricas, siempre ávidas de mártires autóctonos o que, en su defecto, hubieran fallecido en su territorio. La segunda era garantizar la legitimidad del recolector de muertos que se hacía

así heredero y valedor de todos ellos. En el caso de Felipe II, se trataba de la estirpe real, en el caso de Franco de todos aquellos que le habían ayudado a ganar una guerra fratricida, la suma de cuyos méritos se atribuía.

El proceso de separación de la vida y dignificación de un cadáver católico comienza con un primer traslado: el que lo mueve desde el lugar de fallecimiento a aquel lugar donde será expuesto y velado por las personas que forman su entorno más cercano. Este primer movimiento, fundamental para dar comienzo al duelo, no suele cumplirse en el caso de los fallecidos a causa de la violencia. El cadáver es abandonado, ocultado o confundido entre otros cuerpos, en el caso de ser enterrado en una fosa común. El correcto inicio de lo que podemos llamar “vida postmortem” de cualquier persona pasa por un alejamiento físico del lugar de defunción y un único entierro en un lugar conocido, donde espera si es creyente la resurrección de los muertos en el Juicio Final. Sin embargo, los avatares de la vida política de los cadáveres fallecidos en conflictos son más complejos. En tanto que algunos son convertidos en víctimas o en mártires, su trascendencia política los convierte en muchas veces en “muertos itinerantes”.

Acabada la guerra, los familiares de los fallecidos por la represión republicana, vencedores en la contienda, pudieron desenterrar a sus parientes y ver juzgados a sus verdugos. Hubieran o no encontrado el cadáver, si había suficientes evidencias de su fallecimiento podían registrarlo en el Registro público de Defunciones para beneficiarse de las numerosas ventajas de ser un familiar de “caído por Dios y por España”. Los vencidos permanecieron sin registro jurídico. Eran técnicamente desaparecidos, aunque según las investigaciones de historiadores locales está probada la extorsión a las familias por parte de los funcionarios de los registros para que registraran sus fallecimientos como naturales, a cambio de la posibilidad de disfrutar de los derechos de viudedad y orfandad, en un intento administrativo de borrar sus crímenes²⁶⁹.

En un primer momento, el proceso se hizo desordenadamente. A este trasiego de cadáveres desde el lugar de fallecimiento hasta las iglesias y cementerios, no solía ser muy largo, normalmente de unos pocos kilómetros. El Estado abarató los costes de exhumación y traslado para dar respuesta a la masiva demanda. Pero a medida que fueron avanzando las obras del Valle de los Caídos y madurando la idea de que se convertiría en un gran panteón de los vencedores, el proceso exhumatorio fue ralentizado e incluso impedido. Los cuerpos de los caídos debían estar juntos en el Valle.

En 1946, diez años después de la guerra, ante el retraso en la construcción del panteón, hubo que modificar la legislación sanitaria de exhumación de cadáveres. Según esta legislación los cuerpos que no se encontraran en sepulturas a perpetuidad, debían ser sacados de ellas a los diez años y llevados a los osarios. Para garantizar la posibilidad de traslado futuro al Valle y marcar esos cadáveres como “políticamente relevantes”, se añadió una excepción a la ley, prorrogando indefinidamente ese plazo pero sólo para “enterramientos de restos de los caídos en nuestra Guerra de Liberación, tanto si perecieron en

²⁶⁹Véase por ejemplo la tesis doctoral de José Antonio Soler Díaz-Cacho sobre el pueblo extremeño de Villafranca de los Barros, que fue publicada con el nombre *De entre los pliegues de la memoria* (2011).

las filas del Ejército Nacional como si sucumbieron asesinados o ejecutados por las hordas marxistas en el período comprendido entre 18 de julio de 1936 y el 1 de abril de 1939; o aún en fecha posterior, en el caso que la defunción fuese a consecuencia directa de heridas de guerra o sufrimientos de prisión”.

A fines de los años 50, cuando el Valle de los Caídos se encuentra ya listo para aceptar cadáveres se realiza una pormenorizada encuesta nacional a cargo de los gobernadores civiles a todos los ayuntamientos del país para que den una relación de sus caídos. La información iba seguida de una petición a los familiares para realizar el traslado al nuevo Panteón. Como ya había pasado mucho tiempo, gran parte de los familiares no están muy conformes con volver a remover a sus muertos. Se desata entonces un ansia de cadáveres que llegaría a actos organizados de raptos de cuerpos, incluso de republicanos que se encontraban en fosas comunes, bien localizadas por sus victimarios. En la incompleta “Relación de los gloriosos restos procedentes de la Cruzada Nacional que se envían para su eterno descanso al Monumento Nacional de Santa Cruz del Valle de los Caídos en Cuelgamuros”, consta el enterramiento de 44.000 personas, repartidas por provincias. Entre ellas las más numerosas son, lógicamente, aquellas que fueron tomadas más tarde por el ejército de Franco, empezando por Madrid con casi 20.000 cuerpos. Su último habitante sería el propio General Franco en 1975. Durante el franquismo se produjo el desentierro y reubicación masiva y organizada de los partidarios del bando vencedor, unos 60.000 cuerpos; una cuarta parte de los más de 250.000 fallecidos a causa directa de la guerra civil y de la represión inmediatamente posterior.

Allí había también otro tipo de difuntos. Por un lado los que habían muerto sepultados al realizar las obras del monumento, por otro los que habían sido recolectados de las fosas comunes por sus propios ejecutores, que recibieron la orden de exhumarlos y trasladarlos al mausoleo. Así que no sólo los cuerpos vivos de los vencidos construyeron la magna obra, sino que los cuerpos de sus muertos sirvieron para engrosar el hipotético número de víctimas de las hordas rojas para una mayor gloria del dictador. En estos momentos el monumento redefine su objetivo y comienza a hablarse de que ha sido construido para los difuntos de ambos bandos, como un intento de reconstrucción nacional. Un intento que no se corresponde con otros símbolos también creados en esta fecha, como el Arco de la Victoria colocado en una de las entradas de la ciudad de Madrid, casualmente aquella por la que se sale para alcanzar el Valle de los Caídos, y que conmemora la victoria franquista veinte años después.

El Cementerio de los Mártires de Paracuellos del Jarama: la territorialización de la memoria política

Paracuellos actualmente tiene en torno a 7.000 habitantes. Está a veinte kilómetros de Madrid. En este pueblo tuvo lugar la más brutal matanza llevada a cabo por el bando republicano durante la guerra civil. Para los que no conozcan los hechos creo que es imprescindible plantear el contexto general que

hizo de este lugar uno de los símbolos de la memoria de la derecha. A principios de noviembre de 1936, después de un rápido avance de las tropas franquistas hacia Madrid, todo hacía pensar que la ciudad iba a ser conquistada. El frente de batalla que estaba en este lugar se encontraba en la Ciudad Universitaria. Ante esta situación, el 6 de noviembre el Gobierno de la República abandona la capital y se traslada a Valencia para seguir desde allí dirigiendo la guerra. La población aterrada, viendo que hasta sus dirigentes se marchan, se prepara para el saqueo, en un fuego cruzado de propagandas que les sitúa en el punto de mira de los dos ejércitos: los republicanos, advirtiéndoles de los horrores que les esperan: violaciones, asesinatos, torturas, etc.; los franquistas, de la existencia dentro de la ciudad de un grupo organizado de activos partidarios de la derecha prestos a salir a las calles a la menor oportunidad.

Con el Gobierno ausente, la Junta de Defensa de Madrid intenta como puede organizar la defensa. De la situación desesperada hay muchos testimonios. Uno de ellos, que tendrá especial relevancia como inspirador de la decisión de llevar a cabo la matanza de Paracuellos, es el del ruso Mijail Koltsov. Esto dice en su *Diario de la Guerra española*:

"Miaja se lanzó a la busca del Estado Mayor que se le confería y de la Jefatura del Ejército del Centro. No encontró ni lo uno ni lo otro. Todos se habían largado. En el Ministerio de la Guerra no había ni un alma. Se puso a llamar a los teléfonos particulares. No respondía nadie. En algunas casas, al oír que llamaba "el Presidente de la Junta de Defensa de Madrid, general Miaja", colgaban sin responder. [...] Los oficiales del Estado Mayor intentan establecer contacto con las columnas que ayer retrocedieron hasta los límites de la ciudad. Del intento no resulta nada. Es imposible dar con nadie. El teniente coronel Rojo, que asumió las funciones de jefe del Estado Mayor, envía a varios oficiales y comisarios a su disposición a recorrer la ciudad, los cuarteles y las barricadas para que localicen a las unidades y traigan aquí al Estado Mayor, a los jefes y a los delegados de enlace. Hay proyectiles para cuatro horas de fuego. Para todo Madrid hay ciento veinticinco cajas de cartuchos. La cifra real es superior posiblemente en diez veces. Pero no se sabe dónde están esos proyectiles y cartuchos. Por lo tanto, es como si no existieran."²⁷⁰

En este ambiente, pleno de policías paralelas y de órdenes contradictorias, se producen las sacas de las prisiones madrileñas de entre 2.400 (según las cifras de Ian Gibson) y 10.000 presos (según algunos historiadores franquistas) y su posterior fusilamiento de urgencia. Estos presos habían sido encarcelados en muchos casos por ser militares afines a los sublevados, dirigentes políticos y religiosos, o simplemente católicos y militantes de base de los partidos de la derecha. Se trataba de una aséptica medida de orden público, que pasaba por encima de cualquier derecho humano, y que intentaba evitar que, si la ciudad era tomada, esos presos pudieran unirse al ejército franquista. Estas personas fueron llevadas en autobuses a las cercanías de Paracuellos del Jarama y masivamente fusiladas.

Esa acción de guerra modificó un territorio y su pueblo anejo de modo dramático.

²⁷⁰ Cit. en Ian Gibson (2005), *Paracuellos como fue.*, págs.48-49.

¿Por qué se eligió Paracuellos? Si observáramos un mapa de la distribución de los frentes en ese año veríamos que una acción así no podría ser llevada a cabo nada más que en las inmediaciones de las carreteras que accedían a la capital por el este y el norte, las únicas que no habían sido cortadas. La decisión fue tomada con bastante precipitación, pues no había tiempo para grandes estrategias y había que mover y enterrar a mucha gente. No podía estar, por tanto, muy lejos. Entre las alternativas posibles, Paracuellos se destacaba por varias circunstancias:

1. Era una localidad cercana al río Jarama y a varios arroyos. Por lo tanto la tierra en esa zona era fácilmente excavable. Hay que darse cuenta de que las zanjas eran enormes, tal y como puede verse en el plano que levantó el regimiento de zapadores cuando se procedió a exhumar y reinhumar a parte de los cadáveres ya durante el franquismo.

2. El lugar elegido en las afueras del pueblo podía ser fácilmente vigilado. Paracuellos se encuentra en lo alto de una loma con un mirador extraordinario sobre la ciudad de Madrid y el valle circundante. Desde allí se podía controlar todo movimiento.

3. Tenía un bunker construido en los años veinte para probar el armamento que el ejército español estaba utilizando en la guerra que sostenía en Marruecos. Era por tanto un lugar conocido por su pertinencia para este tipo de actividades.

4. Estaba perfectamente señalado por un bosquecillo de pinos que aún existe (aunque el entorno ha sido muy modificado).

Los fusilamientos en éste y otros lugares cercanos se suceden desde el 6 de noviembre hasta el 4 de diciembre en que el anarquista Melchor Rodríguez es nombrado delegado de prisiones. Este “ángel rojo” como le llamó la derecha, impidió con energía que se produjeran más fusilamientos indiscriminados de presos.

La organización de esta masacre exigía la participación forzada de los habitantes del pueblo de Paracuellos en labores de enterramiento y apertura de fosas. El trabajo era tan espantoso que algunos vecinos perdieron la razón. El pueblo había sufrido, como todos los pueblos de España, la lucha fratricida, con sus ajustes de cuentas aprovechando el fragor de las batallas. La República contaba con bastantes leales e incluso se había organizado una próspera cooperativa anarquista que cultivaba terrenos expropiados, pero nadie colaboró de buen grado en la matanza.

El temido avance sobre Madrid ocurriría tres años después y también fue entonces cuando comenzó la revancha por aquel crimen. El peso de la venganza cayó sobre el pueblo de Paracuellos. Aquellas fosas comunes se convirtieron en el símbolo de “su infamia” perpetuando su culpa durante todo el franquismo: la culpa de haber estado a 20 kilómetros de Madrid en una de las pocas carreteras que no había sido tomada por el ejército franquista; la culpa de haber soportado un guerra fratricida durante tres años; la culpa de una sucesión de actos crueles y sanguinarios cometidos por otros. De los 1.600 habitantes que tenía el pueblo en los años 30, se pasó a unos 900 en los años 40 debido a los fusilamientos, encarcelamientos, huidas y traslados de todo tipo de sus vecinos. Paracuellos, que había

sido un pueblo de pastores y que contaba uno de los más bellos miradores sobre la ciudad de Madrid, se transformó en la percepción del Estado y de las gentes del común en un pueblo de asesinos. Los vecinos comentan frecuentemente que, cuando salían del pueblo, tenían que ocultar su origen diciendo que eran de alguna de las localidades cercanas. “Yo soy de Barajas”, decían. Relatan cómo eran expulsados de tiendas o bares en cuanto se sospechaba que eran de Paracuellos. Hay incluso un dicho muy utilizado durante el franquismo que decía: “A por ellos que son de Paracuellos”, que fue reutilizado después por la izquierda radical diciendo: “A por ellos como en Paracuellos”. Así lo contaba Javier Nájera, un vecino de la localidad al que entrevisté hace un tiempo, que estaba intentando con dificultad reconstruir la historia de su pueblo. Me llamó la atención que confundiera las fechas de los sucesos que situaron tristemente a la villa dentro de la historia del franquismo como si hubiera una resistencia a profundizar en un conocimiento histórico que les involucra.

Así el pueblo intentó a duras penas reconstruir una identidad positiva ignorando lo ocurrido en ese territorio que se encuentra en su término municipal. Muchos vecinos no han ido nunca y evitan pasar por allí. Los folletos turísticos hablan de su bella iglesia pero no mencionan el monumento funerario que los hizo famosos y que es el que más turistas, normalmente de la derecha, atrae. Con la democracia han intentado desgajarlo sin éxito de la imagen simbólica de su pueblo. Y digo sin éxito porque como una broma siniestra se ha propuesto su término municipal para acoger las pruebas de tiro en la propuesta que hizo España para una futura Olimpiada de Madrid.

Tras la guerra, mientras las cárceles se llenaban de presos del bando republicano, los vencedores tuvieron que empezar a tomar decisiones sobre el destino final de los cadáveres de Paracuellos en una doble dirección: por un lado, convirtiendo en un cementerio el propio lugar de fusilamiento y, por otro, trasladando los restos de la mayor parte de los fusilados de las cárceles rojas a Paracuellos para ser enterrados en el mismo camposanto.

En 1939 comienza a diseñarse el espacio del duelo. A partir de los relatos sacados de los juicios y de las declaraciones de los numerosos testigos se pudo ir reconstruyendo el orden de inhumación, contrastándolo con las listas de los presos sacados en sucesivas oleadas. De este modo las familias fueron articulando un itinerario del dolor que partía de las cárceles al rincón del camposanto que cada uno eligiera para honrar a sus difuntos, sin tener ninguna seguridad de que sus parientes pudieran estar en el lugar elegido.

Desde el punto de vista espacial el territorio se fue modificando. Primero poniendo cruces de madera a modo de calvario y marcando la cercana colina con una gran cruz negra que pudiera verse desde el aire al despegar del cercano aeropuerto de Barajas. Allí se realizaban misas de campaña. Algunas familias comienzan a poner allí sus cruces y sus epitafios de un modo espacialmente significativo: agrupando a los amigos y significándolos dentro de una gran masa de desconocidos.

El camposanto se convierte también en un lugar de culto político ya que allí están enterrados “los mejores”, aquellos que fueron elegidos por los rojos como más destacados dirigentes de los distintos

grupos de la derecha: religiosos, falangistas, militares y también simpatizantes y familiares de éstos. La existencia de estas fosas comunes legitima la represión a la que se sometió el bando vencido, del mismo modo que el haber estado en cautividad en las zonas republicanas de la guerra se convierte en un mérito y en una garantía de pleno empleo y de privilegios para estas personas y sus familiares.

En estos primeros momentos no existían vallas ni ningún otro tipo de marcador de propiedad sobre ese territorio. Esto cambia cuando los terrenos son donados a la asociación de familiares que se organiza para cuidar del cementerio. La valla que actualmente se ve marcando los límites no acota el terreno donde se encuentran las tumbas sino la propiedad de la tierra.

Los familiares se hacen cargo de la construcción de una ermita, la de Nuestra Señora de los Mártires y se articulan allí una serie de rituales familiares, de partido y de Estado que van poco a poco perdiendo su vigencia a medida que los familiares van desapareciendo y el régimen languidece.

En 1972, Ricardo de la Cierva (historiador, hijo de uno de los fusilados) se quejaba amargamente contestando a una pregunta en una revista de divulgación histórica del estado de abandono en el que se encuentra el cementerio que es paralelo a su desactivación política. "Hasta hace algunos años, se destacaba en el horizonte mediante la señal de una gran cruz negra impresa en la parte alta del cerro; hoy la cruz ha desaparecido. [...] La Diputación ha asumido recientemente la custodia de estos cementerios de guerra, cuando el olvido general los había reducido ya a un estado lamentable, a pesar de los esfuerzos aislados de personas beneméritas". Quince años más tarde José Antonio García-Noblejas, también historiador y familiar de uno de los difuntos, vuelve a la misma idea aunque apunta algo que tiene mucha relevancia para entender el giro que la memoria territorial de Paracuellos está dando en los últimos años:

"Hemos visto cómo, a partir de los años setenta, el silencio y el olvido de quienes más obligados están hacia los Mártires ha caído sobre su memoria y la tierra que cubre sus sagrados restos, como si jamás hubieras existido, en el tiempo en el que se deterioran los valores por los que aquellos murieron, se padece confusión religiosa y se degrada la moral pública y privada. Tan sólo la Hermandad de Nuestra Señora de los Mártires de Paracuellos del Jarama mantiene la devoción a estos Mártires.

No pretendo entrar en el análisis de las causas, pero me atrevo a pensar que la señal de restauración de la Iglesia y de España vendrá dada por la renovación de la santa memoria de estos Mártires y de todos los de la Cruzada, es decir, cuando nuestra superior Jerarquía eclesiástica llegue al Camposanto de Paracuellos [...] y después de besar su tierra mil veces santa, celebre solemnes oficios a la mayor gloria de aquellos elegidos de Dios, y cuando los altos dignatarios de la Nación rindan de nuevo homenaje a los héroes que allí reposan.

Un rayo de esperanza hallamos en la reciente declaración martirial de las tres Carmelitas de Guadalajara, cuya beatificación solemne se anuncia para el 29 de marzo en Roma, si es que a continuación se prosiguen las Causas de tantos miles de mártires de la Cruzada, cuyos méritos no son inferiores a los de aquellas santas religiosas." (1987: XIII)

De hecho así ha ocurrido y actualmente el Cementerio de los Mártires de Paracuellos del Jarama es el lugar de la cristiandad —Roma incluida— donde hay una más alta concentración de mártires y beatos reconocidos y hay muchos más en proceso. La cruz negra se ha convertido en una cruz blanca y las fosas que se encuentra llenas de cadáveres sin identificar han sido acotadas con cruces blancas en un número aleatorio, que sirven de marcados de espacios martiriales, no existiendo ninguna correspondencia entre el número de cruces y el número de cadáveres que prevé que hay debajo y que ya no se va a poder exhumar porque la legislación canónica no permite tocar la sagrada tierra que rodea a los huesos de sus mártires. Este es un aspecto importante interesante para los gestores de la memoria de la derecha porque permite seguir alimentando la ficción de que hay allí 10.000 cadáveres y que por tanto la represión estuvo justificada. La glorificación religiosa de estas víctimas, al convertirlos en objeto de culto, perpetúa la separación política en dos bandos.

A diferencia de otros cadáveres políticamente significativos pero religiosamente inocuos, que también fallecieron por causas violentas en la guerra y posguerra española, la sangre de los mártires, al igual que su carne, sus huesos, las telas que los envolvieron en vida e incluso los objetos que tocaron o la tierra donde fueron sepultados adquieren con la santidad un valor agregado y trascendente. Los esqueletos de esos hombres y mujeres, también represaliados por sus ideas y sus actos, tienen los mismos signos de violencia que muestran tantos asesinados por ser defensores de la República. Ellos también fueron víctimas, aunque las circunstancias bélicas dieran la victoria al bando al que apoyaban. Pero su dignificación trasciende el mero entierro en un lugar decente donde poder ser recordados. Sus cuerpos, desmenuzados en multitud de trozos, son ahora simiente: simiente de cristianos.

Bibliografía

- FERRÁNDIZ, F. (2011a), "Autopsia social de un subterro", *Isegoría*, N.º 45: 525-544.
- FERRÁNDIZ, F. (2011b), *Guerras sin fin: guía para descifrar el Valle de los Caídos en la España contemporánea*, *Política y Sociedad*, vol. 48, n.º. 3: 481-500.
- GARCÍA-NOBLEJAS, J. A.(1987), *El gran holocausto de Paracuellos de Jarama*. Separata del Boletín Informativo de la Fundación Nacional Francisco Franco (marzo).
- GIBSON, I. (2005), *Paracuellos como fue: la verdad objetiva sobre la matanza de presos en Madrid en 1936*. Madrid, Editorial Temas de Hoy.
- SCHEPER-HUGHES, N. y Lock, M (1987), "The Mindful Body: A prolegomenon to Future Work in Medical Anthropology", *Medical Anthropology Quarterly*, nº 1: 6-41.
- SOLER DÍAZ-CACHO, J. A. (2011), *De entre los pliegues de la memoria. República, Guerra Civil y primer franquismo en Villafranca de los Barros(1931-1959)*. Badajoz, Indugrafic.
- VARELA, J. (1990), *La muerte del rey*. Madrid, Turner.
- VERDERY, K. (1999), *Political Lives of Dead Bodies: Reburial and Postcolonial Change*. New York, Columbia University Press.
- CIERVA, R. de la (2011), *Los mártires de Paracuellos*. Madrid, Fénix.